"El" esperado en el Evangelio de Marcos (Mc 1,1-8)

"[1] Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. [2] Como está escrito en el profeta Isaías:

He aquí que envío mi mensajero delante de ti,
él te preparará el camino.
[3] Voz de uno que clama en el desierto:
prepara el camino del Señor,
enderezar sus caminos,

[4] Juan vino bautizando en el desierto, predicando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. [5] Toda la región de Judea y todos los habitantes de Jerusalén acudieron a él. Y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. [6] Juan estaba vestido de pelo de camello, con un cinturón de cuero alrededor de las caderas, y comía langostas y miel silvestre [7] y predicaba: "Después de mí viene uno que es más poderoso que yo, y ante el cual no soy digno de rebajarme a desatar los cordones de sus sandalias. [Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con el Espíritu Santo".

El Evangelio de Marcos es el único de los sinópticos que nos presenta la figura de Jesús en la edad adulta: de hecho, mientras Mateo y Lucas nos hablan de la infancia de Jesús, él pasa directamente al bautismo en el Jordán y luego a las tentaciones en el desierto.

vv. 1-4 La figura de Juan Bautista se introduce retomando el texto de Is 40,1-5. De este modo, Mc retoma a Isaías y lo actualiza interpretando la profecía como verificada, cumplida en el bautizador. De este modo, Mc retoma a Isaías y lo actualiza interpretando la profecía como verificada, cumplida en el bautizador; en efecto, por simple transposición de puntuación, Mc aplica a Juan, que vive en el desierto, lo que Isaías refería al pueblo esclavizado en Babilonia al que se invitaba a abrirse paso en el desierto. El anuncio de alegría de Isaías prefiguraba el fin de la esclavitud y el comienzo de la libertad. La buena noticia es precisamente ésta: Juan anuncia que el tiempo de la esclavitud del pecado ha terminado; se da a los hombres la posibilidad de nacer de nuevo, de volver una vez más a la tierra donde mana leche y miel. Para que se produzca ese retorno, es indispensable *el bautismo* de conversión, de *baptisma*, "inmersión" en las profundidades, "cambio de mentalidad", para resurgir nuevos, sin pecado. Juan da esta buena noticia: si tienes la percepción de que estás en una región de tinieblas, llena de sombras y de muerte, si percibes que estás aplastado por el peso de tus pecados, prisionero de tu pecado, no pierdas la esperanza; ha llegado el momento en que puedes resucitar, puedes comenzar una vida nueva, con la única condición de que salgas de tu situación oscura, hacia una apertura de tu mente, hacia un cambio de tus pensamientos. Y tus pecados serán eliminados. Es esencial reconocer tus ataduras, confesar tus pecados, y por eso existía el gesto de sumergirse físicamente en las aguas (en la tradición judía, el agua simboliza la Torá): era una confesión pública de la necesidad de resucitar.

Juan es mayor que Jesús por unos meses, y es el primero por derecho (desata las sandalias), pero su actitud, lo que dice, pretenden indicarnos que Jesús es la figura central, no él, Jesús es el Esposo, el Único Esposo, el Irremplazable, "¡el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!" y a quien todos deben seguir. De hecho, en el evangelio de Juan leemos: "Al día siguiente, Juan estaba todavía allí con dos de sus discípulos, y mirando a Jesús al pasar, dijo: "¡He aquí el Cordero de Dios!". Y los dos discípulos, oyéndole hablar así, siguieron a Jesús".

Juan, por tanto, no es más que una voz *que grita en el desierto* preparando la venida de Aquel que le hizo saltar de alegría en el seno de su madre Isabel, al saludo de María; es ese punto de unión entre promesa y cumplimiento, el último de los profetas y si queremos el "primero de los evangelistas", un hombre que debe "disminuir" para que Jesús crezca (Jn 3,30). Es el que invita a la conversión y a la penitencia porque el tiempo se acerca, el Hijo del Hombre, término subrayado por Jesús en el evangelio de Marcos, se manifestaría pronto, para "padecer mucho y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, para ser muerto y, al cabo de tres días, resucitar" (Mc 8,31).

Utilizaremos tres verbos**: esperar – vigilar – esperar**, o si lo prefieres tres sustantivos: **esperar – vigilar – esperar**.

1. **Tiempo de espera**.

La espera. Una palabra que habla al corazón, que evoca dulces recuerdos, y a veces también amarguras ni buscadas ni deseadas. Esperar es ante todo deseo, deseo de algo, de alguien. Esperar nos obliga necesariamente a movernos, a implicarnos, a afrontar la vida. El Papa Francisco al inicio de su pontificado en un Ángelus dijo: "Los pobres son los que no tienen deseo"; de hecho todos deseamos algo o a alguien, de lo contrario significa que nuestro corazón está apagado.

A propósito del anhelo y la espera, el zorro dijo al principito: "Si vienes, por ejemplo, todas las tardes a las cuatro, a partir de las tres empezaré a ser feliz. A medida que pase la hora, mi felicidad aumentará. Cuando sean las cuatro, empezaré a inquietarme y a preocuparme; ¡descubriré el precio de la felicidad! Pero si vienes sin que nadie sepa cuándo, nunca sabré a qué hora preparar mi corazón…". Expectación y felicidad. ¿Y qué nos da la felicidad? En este caso, la espera del Otro, el Otro que no es una persona cualquiera, sino Aquel que hace más bella mi vida y la llena de sentido, pues sólo el amor nos da la capacidad de entregarnos, de hacernos sentir verdaderamente humanos, ese "amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5,5).

Aquí está: el Adviento es un tiempo de espera, de anhelo, un tiempo abierto y preñado, dispuesto a mostrarnos que en la vida del cristiano siempre hay lugar para algo inesperado y, por tanto, es necesario preparar el corazón. "Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón" (*Lc* 12,34). ¿Cuál es mi tesoro? ¿Qué o quién enciende mi deseo?

La experiencia nos dice que esperar no siempre es fácil. Vivimos tiempos marcados por la eficacia, por la rapidez, por el "lo quiero todo y ahora", lo que nos ha llevado a olvidar toda la belleza y la poesía inherentes a la espera. Escribe H. Nowen:

"Esperar no es una actitud muy popular en nuestras vidas. La mayoría de nosotros considera que esperar es una pérdida de tiempo. Para muchos, esperar es un desierto estéril que se interpone entre donde están y donde quieren ir… En nuestra particular situación histórica, esperar es aún más difícil porque vivimos con miedo. La gente tiene miedo. Miedo a los sentimientos internos, miedo a los demás, miedo al futuro. La gente temerosa sufre esperando, porque cuando tenemos miedo queremos huir de donde estamos'.

Incluso *los partos* son planificados y las mujeres se ven así privadas de los "dolores de parto" propios de la Creación [*pues sabemos que toda la creación gime y sufre hasta hoy dolores de parto*] (Rom 8,22), de emociones tan profundas, pues las madres son las que mejor saben conjugar el verbo

"esperar" y lo hacen durante unos buenos nueve meses, alegrándose y llorando a cada latido de ese corazoncito que ya conoce el amor.

Así pues, tengamos cuidado, porque también en este tiempo de "emociones" estúpidas y pasajeras corremos el grave riesgo de empobrecer nuestro corazón, anhelando cosas fútiles y terrenas, que nos dejan con esa sed que hizo decir a la samaritana: "Señor, dame de esta agua, para que no tenga más sed y venga aquí a sacar agua", o simplemente ya no la deseamos. Así perdemos el verdadero sentido de la vida y caemos en la "monotonía", y perdemos lo que Bonhoeffer llamaba la "polifonía de la existencia", en la que el corazón está "abierto" sin reservas. En efecto, escribió: "Dios y su eternidad exigen ser amados desde lo más profundo del corazón, sin que por ello el amor terreno se vea dañado o debilitado...". Porque el amor de Dios ES un amor que no excluye al otro, sino que lo abarca para perfeccionarlo en Aquel que es el Amor, es decir, Cristo, el Esperado.

Cuando el deseo decae, empezamos a perder un poco de nosotros mismos, y eso es un problema para nosotros, los cristianos, porque es el deseo lo que anima nuestra fe, el deseo de encontrarnos con aquel a quien esperamos, de encontrar en él -ya hoy, aquí- nuestra paz. Leamos lo que nos dice san Agustín:

"Que vuestro deseo esté delante de él; y el Padre, que ve en lo secreto, lo cumplirá. Tu deseo es tu oración; si continuo es el deseo, continua es la oración. El deseo es la oración interior que no conoce interrupción. Hagas lo que hagas, si deseas ese sábado, nunca dejes de orar... Tu deseo continuo será tu voz continua. Callarás si dejas de amar ... La escarcha de la caridad es el silencio del corazón; el ardor de la caridad es el grito del corazón. Si la caridad permanece siempre, gritas siempre; si gritas siempre, deseas siempre; y si deseas, recuerdas la paz ... Si hay deseo en el corazón, hay también gemido; no siempre llega a oídos de los hombres, pero nunca permanece lejos de los oídos de Dios (En. en Sal. 37, 14).

Pues bien, llegados a este punto podemos preguntarnos: ¿tenemos un corazón que desea, "o un corazón cerrado, un corazón dormido, un corazón anestesiado para las cosas de la vida", como dice el Papa Francisco? ¿Y qué es lo que realmente deseamos? Porque es el deseo lo que hace interesante y viva la espera. Es "la fuerza que mueve nuestra vida, el fondo de sentido por el que nos levantamos por la mañana, vivimos, trabajamos, amamos, rezamos" (Susy Zanardo). Sólo el deseo trasciende nuestra experiencia, para llevar nuestra alma allí donde puede experimentar la paz, como dice el salmista: "mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela en una tierra seca, sedienta y sin agua" (S 63,1). ¿Anhelamos a Aquel a quien anuncia Juan el Bautista?

La espera puede asumir muchas facetas, una importante es la de la **acogida.** Acogida de la historia, de los signos de los tiempos que la atraviesan y la sacuden: el gran movimiento de los pueblos que nos traen diferentes religiones, tradiciones, culturas "obligándonos" a vivir la experiencia de la fe no como una experiencia de estabilidad, de tranquilidad, de separatividad, sino de movimiento, de búsqueda, de valentía para entrar, para permanecer dentro de la historia, para habitarla.

La espiritualidad del Adviento implica esperar el don para reconocerlo y acogerlo. No es un don cualquiera, sino que es el don de Dios, es más, es Dios mismo bajo la apariencia del hombre. Por eso,

como Isaías, debemos gritar: "¡Si rasgaras los cielos y descendieras! Ante ti se estremecerían los montes" (Is 63,19); y, añadiría yo, ante tu rostro se estremecerían nuestras almas.

Ermes Ronchi escribió que "esperar es el infinitivo del verbo amar" y que el Adviento es un tiempo en el que "todo se acerca", las distancias se acortan. Yo añadiría que estamos en un tiempo privilegiado para mirar en nuestro interior, aceptarnos tal como somos y estar atentos a las necesidades de nuestro prójimo. ¿Y quién es mi prójimo? Lucas narra la "Parábola del buen samaritano", mientras que hoy el Papa Francisco nos dice: "La condición para estar preparados para el encuentro con el Señor no es sólo la fe, sino una vida cristiana rica en amor y caridad hacia el prójimo. Si nos dejamos guiar por lo que nos parece más cómodo, por la búsqueda de nuestros propios intereses, nuestra vida se vuelve estéril, incapaz de dar vida a los demás" (12-11-17). Como las vírgenes necias, corremos el riesgo de dormirnos, para que el Esperado llegue de repente, encontrándonos desprevenidos (Mc 13,36): dormidos, con el corazón endurecido. San Pablo repite también la invitación de Jesús, contraponiendo tres imágenes del pecado -la noche, la oscuridad, el sueño- a tres imágenes de la gracia -el día, la luz, el despertar- y dice:

"ya es hora de despertaros de vuestro sueño, porque nuestra salvación está más cerca ahora que cuando nos hicimos creyentes. La noche ha avanzado, el día está cerca. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz. Comportémonos honestamente, como a plena luz del día: no en medio de borracheras y embriagueces, no en inmundicias y libertinajes, no en contiendas y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no sigáis la carne en sus deseos" (Rom 13,11-14).

La espera es también vigilancia: sobre uno mismo y sobre los demás, pero sin la actitud de quien quita la paja del ojo de su hermano sin ver la viga en su propio ojo. El que está despierto acepta su propia debilidad y comprende la de los demás, se hace capaz de pedir perdón y de perdonar porque toma conciencia de sus propias carencias y de lo mucho que necesita al Señor Jesús, de modo que reza humildemente: "Que brille sobre nosotros, Señor, la luz de tu rostro" (S 4,7), para que tu gracia ilumine nuestra vida y no se desperdicie inútilmente.

El Adviento es un tiempo oportuno para orar y pedir acoger humildemente a Jesús que viene, y como el buen pastor busca y salva a la oveja perdida. Todos necesitamos ser salvados, no lo olvidemos.

El Jesús de Marcos es la imagen, el rostro de un Dios que usa continuamente la misericordia con quienes se le acercan; cura, salva y enseña el camino de la caridad: "Quien os dé a beber un vaso de agua en mi nombre porque sois de Cristo, os aseguro que no perderá su recompensa" (Mc 8,41).

2. Tiempo de vigilancia y conversión

Retomemos el texto de Mc 1,1-7 y detengámonos de nuevo en la figura del Bautista.

v. 6 "Juan estaba vestido de pelo de camello, con un cinturón de cuero alrededor de las caderas, se alimentaba de langostas y miel silvestre". Mc describe a Juan como si fuera el Adán que habitó el jardín del Edén; se especifica, en efecto, que iba vestido con un cinturón de cuero y esta especificación recuerda el texto de Gn 3,21: "El Señor Dios hizo al hombre y a la mujer túnicas de piel y los vistió". El cinturón de cuero recuerda también a Elías, hombre orientado hacia Dios con toda su persona, modelo de todos los profetas (2 Re 1,8). Según Marcos, Juan Bautista representa al Adán

después de la caída, el portador de una promesa, pero no el que cumpliría la promesa misma. Es un Adán arrepentido que, sin embargo, ha recibido la promesa: su descendencia te aplastará la cabeza; es un Adán cuidado por Dios, en camino hacia la redención, un Adán que atraviesa el desierto. La referencia al camello, las langostas y la miel silvestre subrayan la necesidad de atravesar el desierto con todo lo que ello conlleva. Dios cuida de él, pero debe atravesar el desierto. La mención de la "miel" recuerda el texto de Dt 32,10-14: "El Señor lo llevó solo al desierto... le hizo chupar miel de la roca y aceite de los guijarros de la peña...". Juan es, pues, el Adán que ha sentido el sentido de su propio pecado y camina hacia la tierra, camina por el desierto sostenido por Dios, alimentado por Él con miel de la roca, pero también alimentado por la observancia de la Ley, ya que "alimentarse de langostas" era una prescripción de la Torá. Según la Lv, uno no podía alimentarse de ningún otro insecto de cuatro patas, sino sólo de las langostas que tienen dos patas y saltan de tierra en tierra.

Pero me gustaría retomar el pasaje de Gn 3,21: ***"El Señor Dios hizo al hombre y a la mujer túnicas de pieles y los vistió..."***. Dios, a pesar de la ruptura de la promesa, no abandonó a Adán y Eva, sino que los vistió misericordiosamente y les dio un lugar adonde ir. Los echó del Edén, pero no de su corazón. He aquí el quid de la cuestión. Nosotros, pobres seres humanos sedientos de amor en este mundo que parece carecer de él, mendigamos continuamente migajas de afecto y consideración como perritos a la mesa de sus amos, y no vemos todo el amor que Dios nos ofrece desde el día de la creación. Entonces es necesario que el desierto vuelva a entrar en nuestros corazones.

Juan es el emblema del pueblo que atraviesa el desierto, el símbolo del hombre que ha recibido el don de la compunción del corazón, que ha tomado conciencia de su propio pecado y ha visto ante sí un camino abierto por Dios; así, penitente y confiado camina por el desierto, sin haber llegado aún a la meta.

Volvamos por un momento a Mc 1,3: "Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas". Preguntémonos: ¿Qué camino debemos preparar al Señor? ¿Es un camino material o un camino "espiritual"? Guerric d'Igny escribe: "Prepara el camino quien corrige su vida; endereza la senda quien lleva una vida más estrecha". [1]Es evidente que una vida corregida es el camino recto por el que puede venir a nosotros el Señor, que en esto nos anticipa" .

Y Marcos continúa narrando*: "Después de que Juan fuera arrestado, Jesús fue a Galilea predicando el evangelio de Dios y dijo: 'El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; arrepentíos y creed en el evangelio'" (Marcos 1:14-15).*

Adviento: espera y continuidad. Dios, en efecto, ya ha venido trayendo "la eternidad en el tiempo", y volverá "cumpliendo los tiempos de la espera". El Jesús de Marcos comienza su predicación en continuidad con Juan, predicando -es decir- la conversión y la penitencia. Bíblicamente, hacer penitencia significa *marchar* o *ir contra corriente, resistir al maligno.*

¿Qué significa conversión o incluso convertirse? También aquí el término tiene el significado de "alejamiento del mal" y "conversión al Señor". El profeta Malaquías dice: "Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis preceptos, no los habéis guardado. Volved a mí y yo volveré a vosotros, dice el Señor de los ejércitos. Pero vosotros decís: "¿Cómo volveremos?" (Ml 3,7).

[1] **Guerric d'Igny** , en francés **Guerric d'Igny** (Tournai, 1070-1080 - Igny, 19 de agosto de 1157), fue un monje cisterciense de la Edad Media y abad francés, venerado como beato por la Iglesia católica (Sermo IV de Adv.).

Quien decide convertirse realiza un profundo cambio de mente y de corazón. Lo hace porque se da cuenta de que algo debe cambiar en su vida, de que ha llegado el momento de "poner orden" en su alma, de elegir cómo vivir, de hacer la opción fundamental de estar con Dios y, por tanto, renunciar a todo lo que pueda alejarle de Dios.

En el EE. de Ignacio de Loyola en el no 23 (Principio y Fundamento), leemos:

"El hombre ha sido creado para alabar, reverenciar y servir a Dios, nuestro Señor, y alcanzar así la salvación; las demás realidades de este mundo han sido creadas para el hombre y para ayudarle a alcanzar el fin para el que ha sido creado. De aquí se sigue que el hombre debe servirse de ellas en la medida en que le ayuden a su fin, y debe alejarse de ellas en la medida en que le estorben. De ahí la necesidad de hacernos indiferentes a todas las realidades creadas (en todo lo que se deja a la elección de nuestro libre albedrío y no le está vedado), de modo que no deseemos la salud más que la enfermedad, la riqueza más que la pobreza, el honor más que la deshonra, una vida larga más que una vida corta, y así para todo lo demás, deseando y eligiendo sólo aquello que pueda conducirnos mejor al fin para el que hemos sido creados.

La conversión contiene en sí dinamismo: es un movimiento continuo del alma que se arrepiente de su pecado y decide volver a Dios. Pero... cuidado, el primer impulso a la conversión viene de Dios, que hace decir a Jeremías: "Les daré un corazón que me conozca, porque yo soy el Señor; ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios, si se vuelven a mí de todo corazón" (Jr 24,7).

El salmista, un hombre de la vida cotidiana, un hombre como nosotros gritaba: "Crea en mí, oh Dios, un corazón puro" (S 50,12). Un corazón puro no significa falta de afecto o incapacidad de sentir lo que se mueve en él. Un corazón puro es la capacidad de amar lo que es verdaderamente amable con un amor claro y con recta intención. En la tradición bíblica, el corazón es símbolo de la unidad profunda de la persona; es el lugar donde nos decidimos o no por Dios. [2]Orígenes afirma que el corazón humano es grande, espacioso, pero la condición es que sea "puro" . Aquí, pues, se hace necesaria la vigilancia porque si miramos en nuestro corazón lo descubrimos inclinado al mal:

"Volviendo a reunir a la multitud, les dijo: "Escuchadme todos y entended bien: no hay nada fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarlo; sino que son las cosas que salen del hombre las que lo contaminan. Porque de dentro, es decir, del corazón de los hombres, salen las malas intenciones: fornicación, robo, homicidio, adulterio, avaricia, maldad, engaño, desvergüenza, envidia, calumnia, soberbia, necedad. Todas estas cosas malas salen de dentro y contaminan al hombre". (Mc 7, 14-23).

En efecto, todos tenemos en nosotros el deseo de oponernos a Dios; el pecado original ha herido de hecho nuestra naturaleza humana debilitándola. Así, la inteligencia permanece oscurecida y la voluntad se inclina maliciosamente hacia el mal. Las pasiones y los sentidos experimentan un desorden que conduce a la rebelión contra la razón....

Sin embargo, si Cristo habita en nuestros corazones por la fe, entonces el bien puede triunfar sobre el mal porque, según San Pablo, "el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí" (Gal 5,22).

[2] Cf. Orígenes,EVang. Luc., 21, 2, 2-7.

El tema del desierto es muy importante. [3]Siempre ha sido el símbolo del lugar deshabitado, del espacio donde la manifestación del Espíritu es segura ya que "el Espíritu Santo tiene su morada en la soledad" ; Las mil voces de la ciudad, las preocupaciones, las angustias de esta vida ahogan la voz del Espíritu de Cristo, que trata constantemente de establecer su morada en nosotros, mujeres y hombres distraídos, dormidos, incapaces de captar en las miradas y en la vida de los que nos rodean la llamada de la vida, del amor de Dios, de sus delicadas caricias, que día tras día tratan de "curar" nuestras imperfecciones. Isaías dice: "Pero, Señor, tú eres nuestro padre; nosotros somos barro y tú el que nos da forma, todos somos obra de tus manos" (Is 64,7). En eso consiste la conversión: en dejar que Dios moldee nuestro corazón a imagen suya. Observa y conviértete. Dejar que el corazón acoja al Dios que viene. Él -escribe Carretto- "es un don gratuito. Es el Dios que viene como el sol de la mañana cuando es la hora. A nosotros la actitud vigilante de la espera, la aceptación de ser criatura, no creador. Porque aquí radica la cuestión: la creatividad pertenece a Dios, no al hombre. El hombre no puede crear nada; sólo puede aceptar. Si Dios no llama, no hay vocación; si Dios no viene, no hay historia. [4]La historia es la venida de Dios al hombre y la manera en que el hombre responde" .

La conversión para nosotros hoy debería ser ésta: tener el valor de caminar por nuestro propio desierto, de afrontar nuestras propias verdades, nuestro propio pecado de engreimiento cuando queremos creer -de hecho estamos convencidos- de que podemos hacerlo todo por nosotros mismos, de que no necesitamos a nadie. [5]La soberbia y la autosuficiencia son los mayores pecados, ya que el ser humano fue creado para darse a sí mismo: "El egoísmo nos entristece, el amor que se da nos hace felices" .

Fundamentalmente, es importante abrir el corazón al Espíritu del Señor. Él es quien nos permite regenerarlo y regenerarnos en la fuente del verdadero amor. ***"He aquí que yo hago nuevas todas las cosas" (Ap 21,5).*** Si estamos atentos al soplo del Espíritu y nos dejamos invadir por él, lo veremos todo con otros ojos, porque todo estará filtrado por la sabiduría y la misericordia de Dios.

¿Cómo reconocemos la presencia del Espíritu en nuestras vidas? No tendremos grandes señales, tenlo por seguro. No habrá estruendo de truenos, ni relámpagos, ni viento tempestuoso, sino una brisa fresca que, como Elías en el Horeb, nos hará comprender que ha llegado el momento de postrarnos ante nuestro Dios (1 Re 19,11-13). Porque Él acostumbra a actuar sin molestar a nadie, sin crear estragos, sino a través de pequeños detalles que sólo son claros para los que están atentos, para los que saben escuchar. Como una suave brisa, que en las cálidas tardes de verano refresca nuestros cuerpos, así el Espíritu reconfortará nuestras almas con sus frutos.

"Las cosas viejas pasaron; he aquí que han nacido cosas nuevas..." (2 Cor 5,17).

La semilla cae en la tierra, abandona su estructura original y cambia, muere a sí misma para transformarse y dejar sitio a una plántula que, al crecer, se convertirá en una hermosa y fuerte espiga de trigo con muchos granos nuevos... La semilla muere para dar nueva vida. Del mismo modo, debemos morir a nosotros mismos para acoger la vida nueva que se nos da. Esto es la conversión, esto es hacer penitencia. Y yo añadiría que la única manera de experimentar el amor y la misericordia del Padre es sumergirse hasta el fondo en la miseria propia de nuestra dimensión de criatura, tomando conciencia de nuestro pecado, y sin miedo porque Dios está siempre ahí para tendernos su mano y su perdón.

---

[3] Cf. San Jerónimo, Comment. in Marc. 1-2.
[4] C. Carretto, El Dios que viene, Città Nuova 1971, 50.
[5] Cart, 186.

Como ves, el mal es más cómodo, no cuesta nada, ni siquiera el esfuerzo de pensar, es más, cuanto más lo piensas, mejor se te da, porque el demonio, con su astucia e inteligencia siempre acompaña y avala -por su propio interés- nuestros razonamientos, incluso presentándolos bajo la apariencia del bien.

Soberbia, ira, tristeza, maldad... Rompamos el hechizo del pecado para abrazarnos y dejarnos abrazar por la Misericordia*... "Sed misericordiosos como vuestro padre es misericordioso...". (Lc 6,36)*.

3. Un tiempo de esperanza y alegría

El tercer domingo de Adviento, llamado "Gaudete", recibe su nombre de la antífona de entrada:

"Alegraos siempre en el Señor: os digo: alegraos, el Señor está cerca" (Flp 4,4.5). La alegría por la proximidad de la Navidad se refleja en los adornos florales y en los ornamentos, donde las túnicas litúrgicas cambian del morado penitencial al rosa. Es una invitación a alegrarnos por la venida del Señor, que iluminará nuestras vidas. Ya antes de la venida de Cristo, Homero escribió: "*Pero cuando, hija de la luz, brilló la Aurora de dedos rosados, saltó de su lecho, el querido hijo de Odiseo"* (Odisea. Libro II vv.1-2);

El Amanecer representa el momento en que la naturaleza despierta y el silencio de la noche da paso a los primeros sonidos, los primeros cantos del despertar, el anhelo de vida que existe en el corazón de todo hombre y, finalmente, el mañana que vendrá. Cada día, la naturaleza nos invita a celebrar la vida. Cada día, la liturgia del Adviento nos invita a celebrar la espera, hoy más que nunca cargada de esperanza y alegría porque "el Señor está cerca" (Flp 4,5) y he aquí que viene a habitar entre nosotros (Zac 2,14), ¡el Señor viene con poder! Y el Papa Francisco nos recuerda que "ese poder son sus caricias, su ternura. [6]Una ternura que, como el buen pastor con las ovejas, es para cada uno de nosotros: Dios nunca se olvida de ninguno, ni siquiera si estuviéramos trágicamente perdidos" . "¿Acaso olvida una mujer a su hijo, para no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Aunque estas mujeres se olviden, yo nunca os olvidaré" (Is 49,15).

El Adviento, tiempo de esperanza. Isaías dice: "Pero los que esperan en el Señor recobran fuerzas, se cubren de alas como las águilas, corren sin desfallecer, caminan sin cansarse" (Isaías 40, 31). El cristiano no puede atarse a definiciones puramente especulativas de la esperanza, porque tiene la obligación de ir más allá, de creer con todas sus fuerzas, como dice San Pablo, que ha sido salvado "en esperanza" (Rm 8, 24), que debe vivir en esperanza y estar siempre dispuesto a responder "a todo el que pregunte la razón de esto" (1 Pe 3, 15). Por eso no podemos afligirnos "como otros que no tienen esperanza" (*1 Tes* 4,13).

Tiene sus raíces en ese camino de salvación construido por Dios para el hombre y que comenzó con la llamada de Abraham, nuestro padre en la fe. Él creyó en la promesa que aquel Dios desconocido le había hecho "esperando contra toda esperanza" (Rm 4,18) y todos los que en el Antiguo Testamento tuvieron fe, creyeron, son los "que primero esperaron en Cristo" (Ef 1,12). Todo el Antiguo Testamento es una escuela de esperanza, un anuncio de esa salvación que encuentra su plenitud en Jesucristo, el enviado del Padre, Aquel a quien san Pablo, en Heb 7,19, llama "*el introductor de una esperanza mejor*". Tener esperanza significa, por tanto, mirar a Jesucristo como nuestra salvación.

[6] Homilía en Santa Marta el 6 de diciembre de 2016.

Todo el Evangelio es un anuncio gozoso del amor de Dios manifestado en Cristo y en él María es mujer de espera, esperanza y alegría.

Marcos, como se ha dicho al principio, se centra en el Jesús adulto anunciado por el Bautista. Pero Jesús vino al camino encarnándose en el vientre de una mujer, una joven hija de Israel, María prototipo y modelo de la Iglesia, una mujer humilde que sabe escuchar a Dios con confianza y alegría. ¿Recuerdas lo que le dice el ángel? "Te saludo, llena eres de gracia, el Señor está contigo" (Lc 1,28). "¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo". La traducción española traduce mejor el sentido pleno de las palabras del ángel: "María, alégrate, regocíjate, porque Dios te ha elegido", para que se cumpliera la promesa anunciada por el profeta Zacarías: "¡Alégrate mucho, hija de Sión, regocíjate, hija de Jerusalén! He aquí que tu Rey viene a ti" (Zac 9,9). El ángel la exhorta a alegrarse y ésta es la primera actitud que María nos enseña: estar alegres porque la Palabra de Dios nunca trae tristeza. Sin embargo, con demasiada frecuencia falta la alegría entre nosotros, nos dejamos contagiar por la tristeza y olvidamos que Jesús es la Buena Noticia y que esta alegre noticia nos llega hoy:

"Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero de buenas nuevas que anuncia la paz, del mensajero de buenas nuevas que anuncia la salvación, que dice a Sión: 'Tu Dios reina'. ¿Oyes? Tus centinelas alzan la voz, juntos gritan de alegría, porque ven con sus ojos el regreso del Señor a Sión" (Is 52,7-8).

¿Qué miran nuestros ojos? ¿Cuál es nuestro horizonte? ¿Dónde está nuestra alegría? Si no hay alegría, la fe pierde toda su frescura, ya no hay cordialidad entre nosotros, incluso la amistad se resiente. El Papa Francisco dejó claro que "el carné de identidad del cristiano es la alegría, la alegría del Evangelio, la alegría de haber sido elegidos por Jesús, salvados por Jesús, regenerados por Jesús; la alegría de esa esperanza que Jesús nos espera". E incluso "en las cruces y sufrimientos de esta vida", añadió, el cristiano vive esa alegría, expresándola de otra manera, a saber, con la "paz" que proviene de la "seguridad de que Jesús nos acompaña, está con nosotros". El cristiano, de hecho, ve "crecer esta alegría con la confianza en Dios". Sabe que "Dios se acuerda de él, que Dios le ama, que Dios le acompaña, que Dios le espera. Y esto es alegría" (23 de mayo de 2013).

El asombro de María es grande. Le costaba creer lo que estaba oyendo: ¿soy yo la elegida? ¿Seré la madre del Mesías? La segunda actitud que María nos enseña es la fe y la confianza plena en Dios. El ángel le dice: "no temas" y ella, mansamente, sigue escuchando. El Beato Pablo VI en el EA "Marialis cultus" (1974) define a María como: "la Virgen que escucha, que acoge con fe la palabra de Dios; y ésta fue para ella la premisa y el camino de la maternidad divina, ya que, como intuyó San Agustín, la bienaventurada María la que (Jesús) dio a luz creyendo, creyendo concibió.45 En efecto, habiendo recibido del Ángel la respuesta a su duda (cf. Lc 1, 34-37) ella, llena de fe y concibiendo a Cristo primero en su mente que en su seno, He aquí -dijo- la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra (Lc 1, 38); fe, que fue para ella causa de bienaventuranza y certeza sobre el cumplimiento de la promesa: Y bienaventurada la que creyó en el cumplimiento de las palabras del Señor. María, por tanto, no sólo nos enseña a vivir con fe, sino que nos hace comprender que ella es la causa principal de nuestra bienaventuranza. Es verdad que hay tantos miedos que nos paralizan: miedo al futuro -hoy muy incierto-, miedo a nuestras debilidades, incluso miedo al Evangelio que nos invita a vivir con coherencia... pero cuando tengo miedo, me repito esta frase que se me ha quedado grabada en el corazón y ya no recuerdo quién la dijo: "¡El miedo es la anestesia del diablo!

María no tuvo miedo: acogió al Verbo y lo dejó crecer en su seno; acogió el Misterio de Dios hecho hombre y se convirtió en "Hija de su Hijo" (Canto XXXIII del Paraíso).

"Madre virgen, hija de tu hijo,
humilde y más alto que una criatura,
plazo fijo de consejo eterno,
Tú eres la que la naturaleza humana
Tan ennoblecido tú, que su factor
no desdeñó ser su factura'.

La tercera actitud que María nos enseña es la aceptación humilde y silenciosa del don de Dios. Jesús entra en la historia como hombre gracias al sí de María, un sí que trastorna los planes humanos y legítimos de dos jóvenes destinados a formar una familia. Con ella, también José se hace portador de un misterio que supera toda comprensión. También él acepta en silencio, en la fe, aceptando una paternidad que no es fácil: velar por el Hijo de Dios, por su Dios, ese niño que tomará en sus brazos y contemplará -junto con María, su esposa- con inmenso asombro y alegría: "Porque un niño nos ha nacido,
un hijo se nos ha dado" (Is 9,5). Benedicto XVI dijo en el Ángelus del Cuarto de Adviento de 2005 sobre este tema: "El suyo es un silencio impregnado de contemplación del misterio de Dios, en una actitud de total disponibilidad a la voluntad divina. En otras palabras, el silencio de san José no manifiesta un vacío interior, sino, por el contrario, la plenitud de la fe que lleva en el corazón y que guía cada uno de sus pensamientos y acciones. Un silencio gracias al cual José, al unísono con María, custodia la Palabra de Dios, conocida a través de las Sagradas Escrituras, comparándola constantemente con los acontecimientos de la vida de Jesús; un silencio entretejido de oración constante, una oración de bendición del Señor, de adoración de su santa voluntad y de encomienda sin reservas a su providencia". Pero cuidado: quien cree poseerlo todo no es capaz de acoger, y demasiada autosuficiencia cierra la puerta a la gratuidad y a la trascendencia. Estamos llamados a la humildad, a sentirnos siempre necesitados de algo o de alguien, especialmente de Dios.

La irrupción de Dios en nuestra historia siempre asusta, genera estupor, porque trastorna nuestros planes, aunque sea para bien. Sólo que, para ver el bien que Dios nos ofrece, debemos aprender a mirar las cosas desde una nueva perspectiva: la de Dios. Lucas cuenta que los pastores se asustaron mucho (Lc 2,9), pero cuando fueron a ver "contaron lo que les habían dicho del niño. Todos los que lo oyeron se asombraron de lo que decían los pastores".

Cuando aquella mísera cueva/establo se llena de pastores venidos de todas partes, María no puede hacer otra cosa que "guardar todas estas cosas meditándolas en su corazón" (Lc 2,19). Porque es verdaderamente paradójico que el Señor, el Salvador, nazca donde ni la madre más pobre habría dado a luz el fruto de su vientre: un establo. Sí, porque "vino entre los suyos, pero los suyos no le recibieron" (Jn 1,11), no había sitio a causa del censo... o simplemente no había sitio para ellos.

Jesús nació pobre y murió aún más pobre, despojado no sólo de su túnica, sino también de su dignidad. Jesús sigue naciendo pobre y, pensadlo bien, pide nacer en "nuestros establos", en la parte más escondida de nosotros, la parte pobre, a la que ni siquiera nos atrevemos a mirar. Pero es en esta pobreza nuestra donde Jesús quiere nacer hoy y decirnos una vez más: "No temas, porque yo estoy contigo; no te pierdas, porque yo soy tu Dios" (Is 41,10). Miremos a María: en su pobreza nos ofrece lo más precioso para ella, su Hijo. Acojámoslo, hoy y siempre. Amén.